



#36

Octubre 2022

El ejercicio del **pensar**

**Gramsci:
crítica histórica
y coyuntura**

SEGUNDA PARTE

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Herencias
y perspectivas
del marxismo**



CLACSO

PARTICIPA EN ESTE NÚMERO

Manuel Romero Fernández

Romero Fernández, Manuel
El ejercicio del pensar no. 36 : Gramsci : crítica histórica y coyuntura / Manuel
Romero Fernández ; coordinación general de María Elvira Concheiro Bórquez ; editado
por Jaime Ortega Reyna. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO,
2022.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-388-1
1. Izquierda Política. 2. Estudios Culturales. I. Concheiro Bórquez, María Elvira,
coord. II. Ortega Reyna, Jaime, ed. III. Título.
CDD 306.2



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,
Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito
que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento
en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier
medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo
del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios
y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y
su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría
Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |
<www.clacso.org>

Coordinadora

María Elvira Concheiro Bórquez
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias
y Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México
elvira.concheiro@gmail.com

Editor

Jaime Ortega Reyna
gtmarxismo@gmail.com

Coordinador del Dossier

Asociación Gramsci Chile

Facebook

[https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-
del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120](https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120)

Nuestro boletín se titula **El ejercicio del pensar** en
honor a **Fernando Martínez Heredia** (1939-2017),
marxista cubano, caribeño y latinoamericanista.



Contenido

- 5 El "efecto Gramsci" en la Nueva Izquierda y los Estudios Culturales**
Del "espíritu del 45" a la modernización regresiva de Margaret Thatcher
Manuel Romero Fernández

El “efecto Gramsci” en la Nueva Izquierda y los Estudios Culturales

Del “espíritu del 45” a la modernización regresiva de Margaret Thatcher

Manuel Romero Fernández*

1. Gramsci en Gran Bretaña. Las tecnologías de diseminación del pensamiento

“Fuera de Italia, en ningún lugar como en Gran Bretaña los escritos de Gramsci han ejercido una influencia tan prolongada, profunda y diversa” (Forgacs, David, 1989, p. 70)¹. Así es como comienza David Forgacs su artículo sobre la recepción fragmentaria de Gramsci en Gran Bretaña. Más allá de determinar si Forgacs está en lo correcto o si, por el contrario,

* Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo a colaborar en este número. Director del Instituto de Estudios Culturales y Cambio Social (IECCS), miembro de la Asociación Española de Estudios Gramscianos (AEEG) y miembro del grupo de investigación “La contemporaneidad clásica y su dislocación: de Weber a Foucault”, de la Universidad Complutense de Madrid.

¹ La traducción al español de todas las citas extraídas de este texto ha sido elaborada por el autor del artículo.

se equivoca y es necesario introducir algún matiz, es innegable que la impronta gramsciana en Inglaterra en las décadas de los cincuenta y sesenta es muy abundante y sus efectos no son susceptibles de ser cuantificados, al menos en su totalidad. En cualquier caso, algo así desbordaría por completo los objetivos del presente artículo. Este es el motivo por el que lo que se narra aquí es únicamente el rastro parcial de una huella cuyas dimensiones son, en última instancia, inaprensibles.

Antes de comenzar conviene recordar dos puntos a tener en cuenta siempre que se discute sobre la influencia del pensamiento y la obra gramsciana, especialmente a mediados del siglo XX. El primero de ellos, es el carácter fragmentario y parcial de su recepción, sometida siempre al orden y los ritmos editoriales y políticos de publicación del conjunto de sus escritos, ya fragmentarios de por sí. Por lo tanto, cualquier intento de aprehender su arribada de manera coherente es radicalmente imposible. En segundo lugar, y no por resultar obvio es menos importante, habría que destacar la brecha espacial y temporal que separa el desarrollo y la elaboración del texto gramsciano de los contextos internacionales en los que este fue recibido, es decir: su sentido histórico. La producción de ambos textos está marcada por una profunda distancia, dos épocas que se rigen por acontecimientos y desarrollos políticos y culturales completamente diferentes. Sobre algunos de ellos nos detendremos más adelante. Aún así, se podría decir que las mismas palabras escritas por Juan Carlos Portantiero para Argentina sirven a los autores que se vieron atravesados por Gramsci en Gran Bretaña: “escribiendo para una Italia de hace cincuenta años, en sus textos reconocemos una respiración que es la nuestra, en otra punta del tiempo y del mundo” (Portantiero, Juan Carlos, 1977, p. 66).

Para escribir este artículo ha sido necesario leer los textos elaborados por los miembros de la Nueva Izquierda y los Estudios Culturales como un juego de lo visible y lo no-visible. En otras palabras, para destacar la importancia de Gramsci desde el contexto británico de posguerra hasta la ofensiva neoliberal de Margaret Thatcher es fundamental señalar tanto las ideas, los fragmentos y los párrafos que están presentes en la producción intelectual británica como los que han quedado silenciados,

ocultos o ignorados, no con algún tipo de predisposición consciente, sino como una forma de ver aquello sobre lo que arroja luz la coyuntura y cuál es la sombra que proyecta. En el presente escrito, sin embargo, se describen únicamente aquellas zonas iluminadas, los rebrotes del pensamiento y la obra gramsciana que se emplearon para pensar sobre y desde la coyuntura. En particular, dos hitos fundamentales de la historia política de Inglaterra en el siglo XX, en dos momentos radicalmente diferentes, pero sujetos a la misma linealidad histórica. En primer lugar, la década de los cincuenta y los sesenta dieron lugar a la aparición de la Nueva Izquierda y, con ella, una de sus declinaciones intelectuales más importantes: la creación de los Estudios Culturales de la mano de figuras como Raymond Williams o Stuart Hall. Esto proporcionó algunas de las innovaciones más fructíferas en la teoría marxista a través de la introducción de elementos de la teoría crítica de la cultura. Por otro lado, dos décadas más tarde, el fantasma de un neoliberalismo incipiente ya acechaba sobre la isla, la nueva derecha de Margaret Thatcher. El fenómeno thatcherista y su arquitectura ideológica y política fue posteriormente analizado de manera minuciosa por Stuart Hall, empleando el arsenal teórico y conceptual elaborado por Gramsci.

Para ubicar la recepción de Gramsci en el mundo anglosajón es importante realizar una cartografía, al menos de trazo grueso, y establecer así las coordenadas de la llegada de Gramsci y de su posterior difusión a través de lo que Williams llamó las “tecnologías de diseminación” de un texto (Williams, Raymond, 1980). Siguiendo a Eric Hobsbawm, es posible afirmar que tanto los intelectuales antifascistas que la guerra llevó a Italia como los historiadores marxistas británicos, que en muchas ocasiones resultaban ser la misma persona, interpretaron un papel crucial en el desembarco de Gramsci en Gran Bretaña (Hobsbawm, Eric, 2011). Como es bien conocido, la obstinación y el trabajo filológico de su viejo camarada de partido, Palmiro Togliatti, y las labores de publicación de la editorial Einaudi fueron la condición material de posibilidad para la posterior puesta en circulación de los textos. Sin embargo, no sería hasta una década más tarde, tras la muerte de Stalin y la celebración del XX Congreso del PCUS, que las primeras compilaciones comenzaron a tener proyección internacional y, por lo tanto, a ser traducidas a otros idiomas.

Aún así, aunque no de manera sistemática, las huellas de la influencia de Gramsci en los intelectuales de habla inglesa se pueden rastrear hasta el año 1948, el mismo año de la publicación de *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, en un debate plasmado en el *Times Literary Supplement* (Hobsbawm, Eric, 2011, p. 345).

La puerta de entrada de Gramsci al mundo intelectual británico fue *The Modern Prince and Other Writings*, obra editada, traducida e introducida por Louis Marks en el año 1957 y publicada por la editorial Lawrence and Wishart (2011). No obstante, los primeros borradores de la traducción del libro ya habían sido sugeridos para su publicación un año antes a la misma editorial. Por aquel entonces, la dirección estaba subordinada a los comités superiores del Partido Comunista de Gran Bretaña, cuyo Comité Político tomó la decisión de bloquear la edición por su contenido heterodoxo. Los acontecimientos ocurridos en 1956 –desde el “discurso secreto” de Nikita Jrushchov hasta la Revolución húngara– permitieron la introducción de elementos de autocrítica en el interior del Partido Comunista, lo que, junto con la presión ejercida por en el aquel entonces editor jefe y filósofo marxista, Maurice Cornforth, posibilitó finalmente que *The Modern Prince and Other Writings* viera la luz (Forgacs, David, 1989: 73). Observando desde el privilegio de la distancia, no sería arriesgado declarar que el fecundo encuentro del pensamiento gramsciano con el embrión ideológico y político de la Nueva Izquierda era de alguna forma inevitable².

Uno de los artículos que dan muestra que, aunque de forma todavía marginal, la teoría gramsciana se estaba incorporando a los circuitos intelectuales de la Nueva Izquierda británica, es la reseña de Christopher Hill de este mismo libro en el número 4 de la revista *New Reasoner*, la publicación creada por un grupo de historiadores críticos con el PCGB, entre cuyos nombres se encuentra el de John Saville y Dorothy y Edward Thompson. En dicho artículo, Hill se deshace en elogios con su editor

² Para evitar confusiones, llamaré Nueva Izquierda al movimiento político surgido a partir de 1956 y *New Left* o *New Left Review* a la conocidísima publicación inaugurada en el año 1960.

por presentar el pensamiento, y a un pensador, de la talla de Gramsci y, por lo tanto, de ofrecer una “cantera de ideas” para desafiar la coyuntura:

Tan modesto fue el traductor y editor de este volumen de selecciones -o tan modestos fueron los editores en su nombre- que es necesario investigar un poco para descubrir que se trata en realidad del Dr. Loius Marks. La traducción es excelente, y el Dr. Marks añade una eficaz introducción biográfica, de la que se han extraído los primeros párrafos de esta reseña, así como útiles notas. Hay que felicitarle por poner a disposición una cantera de ideas. Que no sea una cantera fácil de trabajar no es culpa del traductor. Pero vale la pena afrontar las dificultades para quienes, en palabras de la última carta de Gramsci a su hijo, «les gusta la historia... porque se trata de hombres vivos». (Hill, Christopher, 1958, p. 113).

Desde las primeras apariciones esporádicas hasta la traducción y publicación de *Selections from the Prison Notebooks*, en el año 1971, traducido y editado por Quintin Hoare y Geoffrey Nowel-Smith, se publicaron numerosos estudios sobre el texto y la terminología gramsciana, que ya estaba influenciando e iluminando buena parte de los debates de la nueva izquierda. Por nombrar únicamente algunos de los más relevantes, podríamos citar el análisis de Tom Nairn publicado en el suplemento cultural del PCI, titulado “La nemesi borghese” (Nairn, Tom, 1963), que sería el detonante de una serie de artículos de inspiración gramsciana escritos para la *New Left Review* junto a Perry Anderson; o “The Concept of «Egemonia» in the Thought of Antonio Gramsci: Some Notes on Interpretations” (Williams, Gwyn, 1960), redactado por Gwyn A. Williams para *Journal of the History of Ideas*. Más adelante, nos detendremos de manera prolija en la recepción y el “efecto Gramsci” en la Nueva Izquierda y en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCS) de la Universidad de Birmingham. De cualquier forma, siguiendo a Forgacs, sería posible decir que

las partes del corpus gramsciano que se han utilizado de forma más creativa han sido las que tratan sobre los mecanismos de estabilización y regulación política en las sociedades capitalistas avanzadas, sus recursos de «hegemonía» cultural e ideológica, la naturaleza dinámica y flexible de las alianzas políticas, el reconocimiento de la sociedad civil

como terreno de organización y lucha política, y la necesidad de que la izquierda rompa con una perspectiva «económico-corporativa» y construya una política hegemónica propia. En general, la tendencia ha sido la de adelantar a Gramsci en el tiempo, ponerlo en ropajes modernos (Forgacs, David, 1989, p. 72).

A lo que se podría añadir el rechazo por cualquier forma de subordinación del comportamiento político y cultural a los intereses de clase más inmediatos. Es decir, a la lectura mecanicista y esencialista de la determinación unidireccional de la base económica sobre la ideología, la organización política y otras áreas de la superestructura. Esta será una de las mayores preocupaciones de las figuras centrales de los Estudios Culturales, especialmente en el caso de Raymond de Williams y el desarrollo del “materialismo cultural”, que implica una reelaboración crítica de la metáfora base/superestructura y precisa de la incorporación de nuevos elementos: la hegemonía.

En resumen, la recepción material e ideológica del texto gramsciano estuvo dividida principalmente en dos etapas. La primera de ellas ocurrió en las décadas de los cincuenta y los sesenta, en la que el pensamiento de Gramsci aterrizó tímidamente en Gran Bretaña, introduciendo nuevos vectores a los debates clásicos de la izquierda en paralelo con las revueltas en el escenario geopolítico y con la proliferación y apertura de nuevos movimientos sociales. En la segunda fase, la impronta gramsciana era mucho más fuerte y matizada. Comenzaron a aparecer una gran variedad de títulos que introducían o estaban directamente inspiradas en la vida y/o la obra del pensador sardo, dedicando un estudio más sistemático a la misma. En este momento, además de los libros y artículos ya citados, en el que se hacen más evidentes los factores biográficos y, por lo tanto, se ponen en relación sus escritos con el conjunto de sus experiencias vitales, será importante la traducción del libro de Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci: Life of a Revolutionary* (1970), por Tom Nairn, y la publicación del ensayo de John Merrington “Theory and Practice in Gramsci Marxism” (1968), en la publicación fundada por Ralph Miliband y John Saville en 1964: *Socialist Register*.

2. El tercer frente: más allá del estalinismo y la socialdemocracia

Las traslación de un cuerpo teórico de un contexto nacional a otro, como en el paso de la Italia de la década de los años veinte y treinta a la Gran Bretaña de mediados del siglo XX –o con cualquier otra situación de la misma naturaleza–, exige señalar el valor y las dificultades de la mediación o traducción del pensamiento y la acción política de unas coordenadas geográficas a otras muy diferentes. Especialmente cuando hablamos de alguien como Gramsci, para el que este mismo problema fue una de las preocupaciones centrales de su obra, sobre todo a partir de la Revolución de Octubre de 1917 y del fracaso del movimiento obrero italiano y el ascenso del fascismo tras el *biennio rosso*. Probablemente, uno de los intelectuales en sacar a la luz este asunto y abordarlo de una manera particularmente brillante fue José Aricó, quién lo hizo a propósito de los itinerarios de Gramsci en América Latina, con especial atención en el contexto argentino. Para él, la traducción consistía en un “modo particular de verter en un lenguaje nacional aquellos instrumentos de interpretación histórico-políticos que se presumían aptos para iluminar zonas de nuestro pasado que la profundidad de una crisis hacía aflorar” (Aricó, José, 1988, p. 33). Pero... ¿cómo pensar con y desde la herencia gramsciana el marco histórico nacional e internacional en el que floreció la Nueva Izquierda y los Estudios Culturales? Si bien la historia no se repite pero rima, en las palabras que se le atribuyen a Mark Twain, hay algunas fallas espacio temporales que son insoslayables, lo que hace de la traducción política un ejercicio más enredado y profundamente creativo.

El término “nueva izquierda” podría ser definido por oposición a todo aquello que se aglutinaba, en aquel momento, bajo el significante de la Vieja Izquierda. Para hacer este ejercicio quizá lo más interesante sea aproximarse al “movimiento” a través de la coyuntura histórica que se reveló condición de posibilidad de su emergencia. La fecha exacta de su nacimiento se podría datar en el año 1956. Por aquel entonces, el mundo se encontraba sumergido en las tensiones de la Guerra Fría y sus consecuencias. Dos sucesos derivados, por un lado, del imperialismo de los

países capitalistas y, por el otro, del autoritarismo estalinista, colmaron el hartazgo de una nueva generación de militantes de izquierda: la represión de la Revolución húngara por los tanques soviéticos y la invasión de la zona del Canal de Suez por parte de Francia y Gran Bretaña. No vamos a detenernos aquí sobre este último, sí lo haremos brevemente, por el contrario, en los sucesos ocurridos en Hungría y en la respuesta de la izquierda dominante.

Uno de los documentos históricos privilegiados, por la crudeza en la denuncia de los acontecimientos y la manera preclara de exponer sus argumentos, para lograr entender cuál era el espíritu de una parte de la militancia del Partido Comunista de Gran Bretaña, y del conjunto de la izquierda de la década de los cincuenta, es el artículo *Through the Smoke of Budapest*³, escrito por E.P. Thompson y publicado en *The Reasoner* en 1956. En el texto, Thompson denuncia no únicamente la intervención soviética en Hungría sino el silencio y la complicidad del que todavía era su propio partido: “¿Pero *dónde* está mi partido en Hungría? ¿Estaba en las emisoras o en las barricadas? ¿Y *qué* es? ¿Es un conglomerado de oficiales de seguridad y burócratas desacreditados? ¿O es un partido «con sus raíces en el pueblo» de la ciudad y el campo, capaz de autosuperación y nuevo crecimiento?” (Thompson, Edward, 2016, p. 131). No obstante, la ruptura con el estalinismo no respondía a una serie de gestos políticos o hechos aislados, sino a toda una interpretación del movimiento histórico fundada, además, en una lectura reduccionista e interesada de la doctrina marxista y el análisis de Lenin: “el estalinismo es el leninismo convertido en piedra” (2016, p. 136), afirma. Lo que está en juego, más allá de la distancia ética con los abusos cometidos por la Unión Soviética, es el compromiso con la verdad concreta del socialismo: toda una forma de interpretar e intervenir sobre la realidad social en la comunión entre la teoría y la práctica. Tanto es así que, dándole una vuelta de tuerca al artículo escrito por Gramsci el 24 de noviembre de 1917, *La revolución contra El capital*, se podría decir que en la lectura

³ Las citas de este texto que se utilizarán en el artículo han sido extraídas de la traducción al español publicada por la revista *Nuestra Historia* (2016).

de Thompson los polacos y los húngaros son los verdaderos comunistas porque

viven el pensamiento marxista, lo que no muere nunca (...) Y este pensamiento sitúa siempre como máximo factor de historia no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se acercan unos a otros, que se entienden entre sí, que desarrollan a través de estos contactos una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, los juzgan y los condicionan a su voluntad, hasta que esta deviene el motor de la economía, plasmadora de la realidad objetiva, que vive, se mueve y adquiere carácter de material telúrico en ebullición, canalizable allí donde a la voluntad place (Gramsci, Antonio, 2018, p. 62).

El estalinismo habría sido una deformación idealista del marxismo, entendido en su complejidad, que pretendió hacer encajar las filtraciones de los movimientos de ruptura y disconformidad en una serie de proposiciones axiomáticas: “y fue un idealismo mecánico como este el que, montado en los tanques soviéticos, disparó a través del humo contra los trabajadores y los jóvenes de Budapest” (Thompson, Edward, 2016, p. 139). El aplastamiento de las revueltas provocadas por los obreros y los estudiantes en Hungría derrumbó el manto de ilusiones y esperanzas de una renovación “humanista” del comunismo de la URSS. Todo esto, unido al desencanto por la omisión y la connivencia por parte de las viejas organizaciones comunistas del país, desencadenó en una crisis del movimiento y la emergencia dispersa de grupos políticos e ideas de renovación.

Si bien la Nueva Izquierda puede ser definida como una línea de fuga en una coyuntura caracterizada por el bloqueo y la inoperancia de una izquierda ideológica e institucionalmente anquilosada, esta tiene hondas raíces intelectuales y políticas en el marxismo y la militancia. Las primeras referencias del término se toman prestadas del movimiento conocido como *nouvelle gauche*, una tendencia política autónoma de los años cincuenta asociada al seminario *France Observateur* y a su editor, Claude Bourdet. Su influencia llegó a Gran Bretaña de la mano del teórico político y veterano de la izquierda independiente G.D.H. Cole. Este

profesor de Oxford contaba con un seminario de teoría política al que asistían algunos de los estudiantes que más tarde serían protagonistas de la creación de la Nueva Izquierda (Hall, Stuart, 2010). El movimiento estaba formado fundamentalmente por dos grupos que representaban espíritus y personalidades diferentes, pero que poseían algunos rasgos en común. Por un lado, se encontraba *New Reasoner (NR)*, una publicación fundada por John Saville, el ya citado E.P. Thompson y la historiadora Dorothy Thompson. Esta tradición tenía antecedentes en la resistencia antifascista del Frente Popular y en el Grupo de Historiadores del Partido Comunista (Dworkin, Dennis, 1997). La gran mayoría formaron parte de los sectores críticos del Partido Comunista de Gran Bretaña y terminaron por abandonarlo o ser expulsados tras la celebración del XX Congreso del PCUS y el discurso secreto de Jrushchov. Stuart Hall denominó a esta corriente con la etiqueta de “comunismo humanista”.

La otra de las dos almas que componían la Nueva Izquierda estaba constituida en gran medida por estudiantes de la Universidad de Oxford sin ninguna filiación institucional con las organizaciones obreras, considerados como socialistas independientes. Muchos de ellos estaban vagamente familiarizados con la teoría marxista. Habían leído a Marx, como en el caso del Gramsci adolescente, por curiosidad, pero no de manera sistemática y tampoco formaba parte de sus itinerarios bibliográficos. En aquel momento, todavía no estaban en circulación los textos de Lukacs, Benjamin, Gramsci o Adorno y los modelos marxistas disponibles eran demasiado mecánicos y reduccionistas (Hall, Stuart, 2010). Este grupo de intelectuales jóvenes era especialmente sensible a los cambios culturales y políticos en Gran Bretaña y en el panorama internacional, por lo que comenzó a intervenir sobre la coyuntura y a producir su propio arsenal teórico, centralizado en torno a la revista *Universities and Left Review (ULR)*. Para ello, contaron con el apoyo de profesores y otros intelectuales e izquierdistas desencantados tras lo ocurrido en 1956, lo que los impulsó más allá de los márgenes estrictamente académicos. La Nueva Izquierda era un paraguas muy amplio que daba cobijo a ambas sensibilidades. Las semejanzas en sus objetivos, las redes creadas tras el parteaguas de Hungría y las afinidades ideológicas propiciaron

el encuentro entre *New Reasoner* y *Universities and Left Review*, dando lugar en 1959 a la ya conocidísima *New Left Review* (NLR).

Antes de continuar, habría que hacer una distinción entre dos etapas de la *New Left Review*. La primera de ellas, entre 1959 y 1961, fue el resultado de la comunión entre los dos proyectos anteriormente descritos. La segunda, a partir de 1961, a pesar de ser la continuación del mismo modelo, sufrió modificaciones parciales en el esquema organizativo y el rumbo de la publicación. Únicamente nos detendremos aquí en sus inicios, lo contrario desbordaría por completo los propósitos de este artículo. La convivencia y la connivencia de las corrientes críticas tuvo como consecuencia lógica la fusión de *New Reasoner* y *Universities and Left Review*, con Hall como editor jefe y Saville como director del consejo editorial: “un grupo *ex novo* de pensamiento y activismo político surgido de los intelectuales y el *feedback* de toda la agrupación, no solamente de la suma de todas las intelectualidades” (Navarro, Carlos, 2020, p. 96). Existían puntos de tensión y de conflicto derivados incluso de la propia composición sociológica y los entornos geográficos de las mismas. A diferencia de la base “cosmopolita” y universitaria de la *ULR*, el público y la actividad de *New Reasoner* se localizaba en el norte industrial, lo que sumado a las procedencia de tradiciones políticas distintas, hacía de la Nueva Izquierda una amalgama de posiciones y opiniones muy heterogénea. Sin embargo,

había un conjunto de temas relacionados que concitaban suficiente acuerdo como para dotarla de personalidad propia como formación (...) este acuerdo se centraba en el razonamiento de que cualquier perspectiva para la renovación de la izquierda tenía que empezar por una nueva concepción del socialismo y por un análisis radicalmente nuevo de las relaciones sociales, de la dinámica y la cultura del capitalismo de posguerra (Hall, Stuart, 2010, p. 170).

Para realizar el estudio de las transformaciones acaecidas después de la Segunda Guerra Mundial y del espíritu de concordia del cuarenta y cinco, así como la puesta en marcha de una estrategia política y cultural de intervención, se creó el New Left Club de Londres, un órgano destinado

a la educación y el debate de ideas sobre la coyuntura. Ubicado en el Partisan Café de Carlisle Street, muy pronto comenzó a aglutinar un público habitual de varios centenares de personas. El éxito y el creciente interés de una izquierda amplia y no definida hizo que se multiplicaran los espacios para la discusión y la formación en una multitud de disciplinas, grupos de acción y sensibilidades políticas y culturales:

Figura 1. Estructura y modos de funcionamiento de los New Left Clubs.



Fuente: Navarro, Carlos, 2020, p. 154.

La *New Left Review*, al menos durante su primera etapa, y los New Left Clubs tenían el propósito de llevar a cabo una reforma moral e intelectual en un escenario histórico que aún estaban descubriendo, pero que sabían que ya contenía elementos claramente diferenciales con respecto a las sociedades inmediatamente anteriores. Este movimiento se percibía a sí mismo como un “tercer frente” que iba más allá de las posturas economicistas de la izquierda clásica y el reformismo de la

socialdemocracia. Algunas de las críticas que recibieron se centraban en la ausencia de una forma, de unos contornos para la delimitación de su estructura básica. Si bien es cierto que la denominación de “movimiento” es poco concisa y provocó algunos problemas organizativos y programáticos, le permitió efectuar articulaciones políticas de nuevo tipo con fuerzas sociales como la Campaña por el Desarme Nuclear, fundada en 1957, y conocida por sus siglas en inglés: CDN. A pesar de contar con un apoyo popular evidente, se alejaba de las organizaciones de clase tradicionales, por lo que podía ser mejor identificado como un “movimiento de masas” pacífico contra el uso de armamento nuclear y la construcción de reactores nucleares en Gran Bretaña.

Sin embargo, la insuficiencia de unos límites concretos no significaba que carecieran de un programa ideológico de mínimos. Como ya se ha mencionado unos párrafos más arriba, estos debían comprenderse en oposición a los principios y las prácticas de la Vieja Izquierda. Aunque el concepto de Nueva Izquierda no posee una equivalencia directa con “nuevas generaciones”, debido a su carácter transversal en lo que a franjas etarias se refiere, es conveniente señalar que, en gran medida, las energías del movimiento estaban propulsadas por una mayoría de jóvenes que se interesaban por la política por primera vez. Esta nueva generación de izquierdas inició sus andaduras en la política en una coyuntura histórica que estuvo marcada por las medidas de represión de la Unión Soviética y el verticalismo y el anquilosamiento del Partido Laborista Británico y los sindicatos. Además, las alteraciones de la base económica y el florecimiento de una industria cultural masiva desencadenó en formas y estilos de vida que no habían sido experimentados hasta ese momento. Es por esto por lo que, frente a la ausencia de grandes referentes y la metamorfosis de la lucha de clases, tenían la sensación de tener que inventar algo radicalmente novedoso. Thompson denominó al estado de ánimo del descontento y la desorientación generalizada como la “Gran Apatía”:

En ocasiones la protesta es solo en contra: en contra de nada, como en las manifestaciones tumultuosas del rock-and-roll. Pero a veces también nosotros vislumbramos allí el inmenso potencial de la energía y la

simpatía humana desperdiciándose por la ausencia de canales adecuados de expresión; los anhelos desaprovechados por la ausencia de algo positivo con lo cual identificarse, y que ha encontrado su expresión en la pertenencia a las pandillas, o en el deseo de encontrar un sentido a la vida (Thompson, Edward, 2010).

En medio de esta impotencia constitutiva que denuncia el historiador británico, la Nueva Izquierda era susceptible de ofrecer una alternativa y un medio de expresión a la frustración provocada por el burocratismo y las jerarquías de las instituciones obreras y la colección de desastres políticos antes desarrollada. Para ello, esta generación militante estaba trabajando en la elaboración de un diagnóstico social adecuado a los nuevos tiempos, alejándose del economicismo imperante que brindaba una explicación mecánica y poco convincente de la situación. Un ejemplo de esta evaluación de la coyuntura podrían ser los artículos “The Politics of Contemporary Capitalism”, escrito por Ralph Miliband en 1958, o “A Sense of Classlessness”, publicado en el mismo año por Stuart Hall en *Universities and Left Review*. Ante la desmovilización creciente por la incorporación de las masas y las organizaciones obreras a los estados del bienestar y la sociedad de consumo, la respuesta del *establishment* ortodoxo era la de confiar en el advenimiento de otra Gran Depresión, cuyo resultado sería la adhesión voluntaria de la gente trabajadora a la causa socialista. Sin embargo, esta narrativa sonaba poco convincente después de lo ocurrido en Italia y Alemania después de 1920. Como veremos más adelante, Gramsci como pensador de la derrota los proveyó de un equipamiento teórico privilegiado para profundizar en los nuevos nodos de conflicto de la sociedad de posguerra:

en opinión de Hall, esa es la razón de volver al pensamiento de Gramsci en la resaca de la ola revolucionaria de 1917-1924, no “para que él pensara por nosotros”, sino porque Gramsci suscita las cuestiones precisas con las que una izquierda renovada necesita lidiar, “dirigiendo nuestra atención sin vacilar hacia lo que es específico de este momento” (Hammond, Simon, 2019, p. 53).

El resurgir de la teoría socialista, con el objetivo de observar la realidad social a través de unas nuevas lentes, se vio favorecido por el

redescubrimiento de los primeros *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx y la atención a los temas que allí se trataban: la alienación, el ser de la especie y las nuevas necesidades. Estos aterrizaron desde París en 1958 y poco después ya estaría disponible la traducción al inglés (Hall, Stuart, 2010). La importancia del descubrimiento de la nueva teoría y los nuevos intelectuales se enmarcó en la necesidad de pensar de manera más efectiva los mecanismos de dominación, ya que proporcionaban herramientas para analizar no únicamente el sistema de producción, sino también el de reproducción, otorgándole una relevancia especial al papel de los medios de comunicación de masas y al “aparato cultural” en su conjunto. La Nueva Izquierda entendía que, dado que los canales de comunicación estaban obstruidos por el *establishment* capitalista y la burocracia del movimiento obrero tradicional, había que construir un “aparato cultural” alternativo y establecer una red de agrupaciones socialistas para hacer circular la información.

Como hemos podido observar hasta ahora, el conocimiento de Gramsci por parte de la Nueva Izquierda era muy reducido. El político y pensador sardo solo había aparecido de manera espontánea y dispersa, aunque ya se hubiera mostrado cierto interés por su trabajo. Ese es el motivo por el que resultaría más interesante invertir la pregunta. Es decir, no interrogarnos sobre el impacto de la recepción de la obra de Gramsci en la Nueva Izquierda, sino qué efecto produjo la aparición de la Nueva Izquierda en el itinerario y asimilación posterior de la obra gramsciana. ¿No es el contexto político y social de la década de los cincuenta la condición de posibilidad de la “cuestión Gramsci” en los Estudios Culturales? Sin lugar a dudas, las elaboraciones teóricas que se estaban produciendo para analizar e intervenir sobre la coyuntura estaban fraguando el camino por el que más tarde habría de transitar el *corpus* gramsciano. Siguiendo a Forgas, se puede concluir que

el primer tipo de intermediación era indirecta. No se trata de que Williams o Thompson hayan leído y se hayan visto influidos por Gramsci en su propio trabajo en esta etapa. Más bien se trataba de que su trabajo sobre la cultura proporcionaba un marco y un espacio intelectual en el que Gramsci, o al menos una parte de Gramsci, podía hacerse visible y

legible, un espacio que su propio trabajo, a su vez, empezaría a iluminar y reconstruir desde dentro (Forgacs, David, 1989, p. 74)

3. De la base económica a la superestructuras complejas: crónicas de un desplazamiento

Contrariamente a lo que se podría pensar, y así es como se ha interpretado en muchas ocasiones, los Estudios Culturales no aparecen en Gran Bretaña como una simple declinación de la teoría marxista: un apéndice superestructural o complementario del análisis materialista de los procesos históricos. Ya hemos comentado aquí que el marxismo en la década de los cincuenta tenía serios problemas para volver a legitimarse después de los abusos políticos del estalinismo y su versión mecanicista y teleológica del cambio social. Si consideramos que el nacimiento de los Estudios Culturales estuvo motivado por el auge y la maduración de las posiciones de la Nueva Izquierda, es necesario estudiar sus vínculos con el marxismo como una sucesión de fricciones, de encuentros y desencuentros. Las intuiciones teóricas y las inquietudes intelectuales de los Estudios Culturales estaban ausentes en la teoría marxista dominante. La cultura, la ideología o el lenguaje habían sido reducidos a elementos epifenoménicos por las hipótesis del reflejo y la mediación del materialismo vulgar: “así que la idea de que el marxismo y los estudios culturales encajan perfectamente, se reconocen una afinidad inmediata, se estrechan la mano en algún momento teleológico o hegeliano de síntesis, y producen el momento fundador de los estudios culturales es totalmente equivocada” (Hall, Stuart, 1992, p. 280).

Para profundizar en las condiciones de emergencia de Los Estudios Culturales, e ir más allá de las afinidades con el marxismo, hay que tener presente la fuerte impronta de la tradición de la crítica cultural británica, representada principalmente por Matthew Arnold, T.S. Eliot o Raymond Leavis y la revista *Scrutiny* (1932-1953). La pulsión de la modernidad de revolucionar y destruir los anclajes y las certezas del viejo mundo, de hacer que “todo lo sólido se disuelva en el aire”, provocó, según la versión de los teóricos conservadores, la degeneración y el embrutecimiento de

la cultura. El advenimiento de la sociedad industrial y la cultura de masas, junto al rol protagonista de los medios de comunicación, cuestionaba los valores de la “verdadera Cultura”, expandiendo el mal gusto y la mediocridad frente a una noción de la cultura como “lo mejor que se ha dicho y pensado” (Dworkin, Dennis, 1997). Si bien las posiciones no eran homogéneas y existía una diferencia de matices entre estos pensadores, el núcleo de la crítica de todos ellos se podría sintetizar en una visión elitista que consideró la modernización como la aniquilación del espíritu humano a través de la homogeneización y mercantilización de los valores. Los Estudios Culturales y su atención especial a los modos de vida de la clase trabajadora se podrían considerar como una respuesta a un problema político que pretendía ofrecer una visión alternativa a esta tradición conservadora y, en ocasiones, reaccionaria de pensamiento.

Las que han sido consideradas las figuras pioneras de los Estudios Culturales, Richard Hoggart y Raymond Williams, centraron su atención en analizar estas grandes transformaciones sociales y políticas que estaban ocurriendo en Gran Bretaña tras la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente en el ámbito de la cultura y en los patrones de consumo. Hay tres aspectos que son importantes de señalar para enmarcar mejor los intereses y la producción teórica de estos autores. En primer lugar, la formación de ambos está muy marcada por la obra de Leavis, lo que les permitió pensar con y en contra del mismo. En segundo lugar, Hoggart nació en el seno de una familia obrera del norte de Inglaterra, en Leeds. Por su parte, Williams también pertenecía a la clase trabajadora, aunque él había nacido en Gales. Por último, y esto también incluiría a Thompson, trabajaron como profesores en la educación para adultos en la Workers' Educational Association (1997).

En el año 1957 se publicó *The Uses of Literacy*⁴, el libro de Hoggart que marcó un punto de partida en el análisis cultural británico, aunque se terminó de escribir en 1955 y está inspirado por un capítulo que comenzó a redactar en 1952 (Hoggart, Richard, 1960). El autor hace un análisis

⁴ Ha sido traducida al español recientemente por la editorial Capitán Swing como *Los usos del alfabetismo* (2022).

comparativo de las alteraciones sufridas en la cultura británica antes y después de la guerra con una metodología particular. Las observaciones están basadas fundamentalmente en sus memorias, en la recreación de los sentidos y los afectos de la clase obrera a la que él pertenecía, como si de un relato autobiográfico se tratara (Dworkin, Dennis, 1997).

Cuando Hoggart escribe sobre cultura, lo está haciendo como un crítico literario, intentando hacer la clase de análisis o de lectura de la vida social y cultural real que haría si se tratara de un poema o de una novela. Está tratando de evocar los tipos de vida que él y las personas como él vivían en la clase trabajadora industrial tradicional anterior a la guerra. Y ve inscrito, no tanto en las condiciones políticas y económicas como en los aspectos sociales y culturales de la vida de la clase trabajadora de ese periodo, cierto esquema de cultura, cierto conjunto de valores y de relaciones entre las personas (Hall, Stuart, 2017, p. 32).

Mientras que estas formas de vida se presentan como una cultura inmanente, construida en el seno de la comunidad de la clase obrera, en la segunda parte, con la llegada de la industria cultural y los medios de comunicación masivos, la cultura aparece como degradada y ajena a la clase trabajadora. En este punto es donde se observa en Hoggart el legado del enfoque catastrofista de Leavis, la visión trágica de la cultura de masas como un aparato brutal que corrompe las viejas formas de vida. Sin embargo, es su preocupación y, sobre todo, su claro compromiso con la cultura de la clase trabajadora lo que lo distingue de este (Storey, John, 2009).

Después de instalarse en la Universidad de Birmingham como profesor de Literatura Moderna, fundó el *Center for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) en 1963, siendo director de este hasta el año 1969, momento en el que lo reemplazará uno de los miembros más aventajados: Stuart Hall. Por lo tanto, “fue Hoggart quien dio al proyecto de los estudios culturales una forma institucional. Esta es una cuestión crucial pues, como lo había advertido Gramsci, ninguna ideología ni teoría adquiere su verdadero valor hasta que encuentra un partido, vale decir, una expresión organizacional-institucional” (Hall, Stuart, 2017, p. 35). Los objetivos del centro por aquel entonces consistían en profundizar en los análisis

que ya se encontraban presentes en *The Uses of Literacy*: comprender y evaluar los cambios culturales que se habían producido en la sociedad contemporánea, analizar el papel que interpretan los medios de comunicación en los mismos y ofrecer herramientas críticas de evaluación. Los pilares teóricos en los que se apoyaba eran el debate del siglo XIX sobre “cultura y sociedad”, representado por los críticos conservadores Arnold o Leavis, la sociología norteamericana de la comunicación de masas y la sociología europea sobre “cultura y sociedad” desarrollada por pensadores como Durkheim, Weber o Mannheim (Martín, Antonio, 2006). Por lo que se puede observar, resulta evidente que la huella de la tradición nacional de la crítica es todavía muy fuerte, y que, además, el CCCS se revela en sus inicios como un proyecto académico y no de intervención política. Será unos años más tarde, con el relevo de Hall, cuando el centro vaya adquiriendo un carácter más próximo al marxismo teórico y político.

Antes de continuar y dar paso Williams y Hall, es imprescindible señalar al menos algunas de las alteraciones más significativas en los modos de vida de la sociedad británica de posguerra, para después responder a las siguientes preguntas: ¿Qué ocurrió con la clase obrera durante los Treinta Años Gloriosos del capitalismo? ¿Tenía la Nueva Izquierda y los Estudios Culturales a su disposición un arsenal teórico genuinamente marxista que le permitiera evaluar con la suficiente profundidad la metamorfosis a la que dio lugar el “espíritu del 45”? ¿Qué papel interpretó el *corpus* teórico gramsciano en esta coyuntura?

De entre las tesis que intentan otorgar una réplica al interrogante sobre la condición de la clase obrera en la edad dorada del capitalismo, una de las más extendidas es la que afirma que simplemente desapareció y, por lo tanto, también con ella se diluyó el conflicto de clases⁵. Todo esto se puede explicar como si de una secuencia lógica de acontecimientos se tratara: el enriquecimiento generalizado de los trabajadores provocó el incremento de los niveles de vida, lo que desencadenó en la transición

⁵ Véase, por ejemplo, el análisis de Goldthorpe, J.D., Lockwood, D., Bechhofer, F. y Platt, J. (1969). *The Affluent Worker in the Class Structure*. Cambridge: Cambridge University Press.

a una clase media mayoritaria y permitió el acceso al consumo y, en conclusión, un incremento diversificado de la demanda. Todo esto fue la sensación causada, entre otros motivos, por la elevación real de la renta, los bajos niveles de desempleo y la explosión del consumo. En realidad, como argumentaron los miembros del CCCS, esto jamás ocurrió: la clase social nunca llegó a desvanecerse. Aunque hay algo que sí sería cierto, y es que lo que antaño se entendía como “clase” se distorsionó en algo mucho más complejo y fragmentado que la vieja composición sociológica de la clase obrera. Se produjo, por decirlo en términos marxistas, un desplazamiento de la base a las superestructuras complejas, lo que de manera forzosa nos constriñe a actualizar el análisis materialista de los procesos históricos. La Nueva Izquierda y los Estudios Culturales entendieron que ya no era posible observar la base económica como un hecho en bruto, sino a través de sus ensamblajes correlativos con la ideología, la política o la cultura.

Sería inútil y contradictorio afirmar que estas mejoras en las familias trabajadoras durante la construcción del Estado de Bienestar no se produjeron, lo que habría que preguntarse es si verdaderamente se podía hablar de una sociedad de la opulencia o cuál fue el precio a pagar por el incremento material de la vida. Según cuenta Selina Todd, tanto los laboristas como los conservadores se pusieron de acuerdo en afirmar que en los años cincuenta la pobreza se había erradicado casi por completo, pero la opinión de la clase obrera británica parecía ser muy diferente. La condición de posibilidad de la adquisición inédita de bienes de consumo había sido el endeudamiento a través del crédito y el pago a plazos, además del trabajo a destajo y las horas extra. Por lo que, “lejos de ser un periodo de prosperidad sin precedentes, la década de los cincuenta fue una década de inseguridad y miedo para mucha gente” (Todd, Selina, 2018, p. 253), ya que muchas de las compras escondían una historia de sacrificio y zozobra.

No obstante, mientras que los Estudios Culturales buscaban dar una respuesta más precisa a estos nuevos interrogantes, a contrapelo de las corrientes dominantes del marxismo y la tradición nacional de la crítica cultural, el marxismo mecanicista interpretaba este momento histórico

como un periodo intermedio que desembocaría en otra gran depresión y despertaría al monstruo dormido de la clase obrera. Por su parte, la socialdemocracia se vanagloriaba de haber corregido los abusos económicos del capitalismo a través de la nacionalización de la industria y la creación del Estado del Bienestar (Crosland, Anthony, 2006), por lo que vivía cómodamente en su propio espejismo de abundancia. En 1958, Hall publicó un artículo cuyo título ya nos ofrece una pista del ambiente de época: “Un sentimiento de ausencia de clase”⁶. En él se hace eco de cómo este desplazamiento y fragmentación de la “clase” se está produciendo *de facto* en diferentes áreas de la estructura social y tiene su correlato en el *habitus* y la moral de los trabajadores. Volviendo a la cuestión del incremento del consumo, Hall destaca que, a diferencia del factor en el que Marx se basó para realizar su estudio del capitalismo, a partir de mediados del siglo XX, la relación fundamental entre la clase obrera y la clase empleadora se había invertido. Entonces, “el trabajador se reconoce a sí mismo mucho más como consumidor que como productor: los precios aparecen ahora como una forma más limpia de explotación que los salarios” (Hall, Stuart 1958, p. 6). Esta habría sido la fórmula magistral mediante la que el sistema capitalista incorporó las resistencias de una clase subordinada a su organismo. Otro añadido es que las propias mercancías poseen un valor y un estatus social, por lo que la adquisición y exhibición de cierto tipo de productos ofrece criterios de distinción entre las familias, obstaculizando el proceso de reconocimiento mutuo y de construcción de una identidad colectiva. Es decir, lo que se ha conocido de manera un tanto simplista como la transición de una clase en sí a una clase para sí. La consecuencia fue la proliferación de múltiples estilos de vida entre la clase trabajadora. Todo esto no sería posible sin la publicidad y los diferentes dispositivos de producción de subjetividad:

Este es el contexto en el que debemos entender la discusión sobre los medios de comunicación de masas, sobre la publicidad y la cultura. Todas las formas de comunicación que se ocupan de modificar las actitudes, que cambian o confirman las opiniones, que inculcan nuevas imágenes

⁶ Este artículo ha sido citado previamente por su título original: “A Sense of Classlessness”. Todas las citas en español de este texto han sido traducidas por mí.

del yo, desempeñan su papel. No son periféricas a la “base económica”, forman parte de ella. (...) Este hecho, en sí mismo, debería hacernos replantear seriamente nuestras ideas sobre las formas en que las superestructuras ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y las condiciones en las que el movimiento económico se afirma finalmente como necesario (Hall, Stuart, 1958, p. 9).

4. La “cuestión Gramsci” en los Estudios Culturales: Raymond Williams y Stuart Hall

Es posible observar en este artículo que hasta ahora la mención a los Estudios Culturales no necesariamente se corresponde con la actividad y el anclaje corporativo del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham. Esto se debe a una razón muy sencilla, como diría Fredric Jameson, “tal vez la mejor manera de abordar ese deseo llamado «Estudios Culturales» sea política y socialmente, como proyecto para constituir un «bloque histórico», en lugar de teóricamente, como plataforma para una nueva disciplina” (Jameson, Fredric, 2016, p. 5). Teniendo esto en cuenta, el centro inaugurado en Birmingham en 1963 sería solo una de las partes de un propósito mucho más amplio. Unas décadas después de su fundación, Hall reconocerá que se veían a sí mismos como una suerte de intelectual orgánico en unas circunstancias históricas y políticas cambiantes. A pesar de ser un fragmento largo, es lo suficientemente valioso como para reproducir el párrafo de manera íntegra:

Tengo que confesar que, aunque he leído muchos planteamientos más elaborados y sofisticados, los planteamientos de Gramsci aún me parece que se acercan más a expresar lo que creo estábamos tratando de hacer. Admitimos que hay un problema con la frase “la producción de intelectuales orgánicos”. Pero no cabe duda en mi mente de que estábamos intentando encontrar una práctica institucional en los estudios culturales que pudiera producir un intelectual orgánico. Anteriormente no sabíamos lo que eso quería decir en el contexto de Gran Bretaña en los setenta, y no estábamos seguros de que lo reconoceríamos si nos las arreglábamos para producirlo. El problema acerca del concepto de

intelectual orgánico es que parece alinear los intelectuales con un movimiento histórico emergente y no podíamos en ese entonces, y aún ahora escasamente podemos, decir dónde se encontraba ese movimiento histórico. Éramos intelectuales orgánicos sin ningún punto de referencia orgánico; intelectuales orgánicos con nostalgia, con voluntad o esperanza (para utilizar la frase de Gramsci de otro contexto) que en algún punto estaríamos preparados en trabajo intelectual para esa clase de relación si tal coyuntura algún día aparecía. Ciertamente, estábamos preparados para imaginar o modelar o simular tal relación en su ausencia: “pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad” (Hall, Stuart, 1992, p. 282).

Es evidente que la influencia de Gramsci va mucho más allá de su herencia teórica. El texto y la vivencia gramsciana les suministraba unas lentes a través de la cuál observar y evaluar su propia experiencia, comprender el momento histórico y definir y orientar su práctica política. Hay un hilo rojo que conecta a Gramsci con autores como Williams, Hall o Thompson y, en definitiva, con la inteligencia colectiva de los Estudios Culturales, que está directamente relacionado con el espíritu de la modernidad: por un lado, un fuerte sentido histórico por reconocer las ambivalencias y las tensiones propias de un periodo particular, y, por el otro, el compromiso político de liberar las energías presentes de los “nuevos tiempos” que habían sido capturadas y redirigidas por el sistema capitalista⁷. Siguiendo la lectura atenta de Domenico Losurdo, en Gramsci el comunismo únicamente puede ser la culminación de la modernidad (Losurdo, Domenico, 2015). Para ello, es necesario sustituir la noción del cambio histórico regido por leyes naturales por la del futuro como creación heroica en manos de un sujeto colectivo, una multitud o un pueblo atravesado por experiencias y una cultura común. De ahí que la vieja metáfora arquitectónica de la base y la superestructura y su vínculo unidireccional no sea útil para explicar el funcionamiento del orden social.

⁷ Este hilo rojo puede rastrearse hasta nuestros días en algunos lectores contemporáneos de Gramsci y Hall, tal sería el caso de los pensadores británicos Jeremy Gilbert y Mark Fisher..

4.1. Raymond Williams: límites y complementos de una metáfora

El intelectual galés es probablemente el que más tiempo y páginas le haya dedicado a esta cuestión. Además, debido a algunas de las particularidades biográficas que se han mencionado anteriormente, también parece ser uno de los que mejor ha encarnado y narrado la dialéctica insuperable entre lo viejo y lo nuevo, la alta y la baja cultura, la distancia infranqueable entre la abstracción teórica y la fealdad brutal de las realidades experimentadas por los oprimidos⁸. El pensamiento y la producción literaria y ensayística de Williams estuvo muy definida por la oscilación entre los dos polos que se han abordado *in extenso* en este texto: el marxismo y la tradición de la crítica cultural británica. Ya en el año 1958, cuando todavía no se había publicado la que sería una de las obras más influyentes del autor y piedra angular de los Estudios Culturales, *The Long Revolution*, decía que de todas las cosas que había aprendido de los marxistas, la más importante es que una cultura debe ser siempre interpretada en relación con el sistema de producción subyacente. No obstante, un pensador como Leavis lo enseñó a comprender la profundidad de las relaciones entre arte y experiencia. Por lo que, “no podría haber acometido esta obra [*The Long Revolution*] si no hubiera aprendido de los marxistas y de Leavis; no podré concluirla a menos que rectifique radicalmente algunas de las ideas que ellos y otros nos han legado” (Williams, Raymond, 2008, p. 55). Al modelo elitista y conservador de la crítica literaria, al de la cultura como “lo mejor que se ha dicho y pensado”, Williams opone una concepción de la cultura como un modo de vida total, la creación de unos códigos compartidos que darían sentido al mundo que habitamos. Por otro lado, el nodo de conciliación entre la teoría marxista y el análisis de la cultura es lo que podría ser denominado como “materialismo cultural”, pero... ¿cuál es la forma en la que Gramsci contribuye a superar la oposición entre marxismo y cultura, entre base y superestructura?

⁸ No me detendré sobre esto aquí, ya que creo que de alguna manera nos desviaría de los objetivos concretos del artículo, pero no puedo más que recomendar encarecidamente la lectura de “El particularismo militante y la ambición global”, en Harvey, David. (2018). *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Madrid: Traficantes de Sueños. Disponible en PDF en: www.traficantes.net

Antes que nada, aunque puede que a estas alturas resulte inútil decirlo, hay que aclarar que el interés rector del conjunto de la obra de Williams ha sido el de ofrecer una definición precisa y a la vez relacional de la cultura en la modernidad, entendida siempre como un proceso dinámico. Este es el ejercicio que realiza en *Culture and Society, 1780-1950*, primero, y en *The Long Revolution*, después. Ambos libros pueden ser considerados como partes del mismo proyecto. Mucho antes de analizar las interacciones entre la base y la superestructura en la teoría marxista, Williams crítica el reduccionismo mecanicista en la explicación del proceso del cambio social. Según el pensador galés, el funcionamiento de la sociedad actual estaría basado

en las relaciones actuales, siempre excepcionalmente complejas, entre el sistema de decisiones, el sistema de comunicación y aprendizaje, el sistema de mantenimiento y el sistema de generación y crianza. No es una cuestión de buscar alguna fórmula absoluta, por la cual la estructura de esas relaciones pueda ser determinada invariablemente (Martín, Antonio, 2006, p. 61).

La teoría marxista preponderante de la época no parecía ofrecer un sentido de la cultura complementario y todo parece indicar que no es hasta mediados de los años sesenta, y gracias a los trabajos de Thompson, que Williams entra en contacto con Gramsci⁹ (Alonso, Álvaro, 2014, p. 16). Como apuntaba el pensador sardo en el Cuaderno 4 de los *Cuadernos de la cárcel*: las relaciones entre estructura y superestructura son el problema fundamental del materialismo histórico; y así lo ratificaba uno de sus mayores estudiosos: “toda la obra gramsciana indica, y recorre en efecto, como motivo conductor, el denso entramado existente entre estructura y superestructura” (Spriano, Paolo, 1977, p. 74). A lo largo de sus escritos, la metáfora no siempre manifiesta ni el mismo significado ni tampoco el mismo grado de relevancia, sino que está sometida a evaluación y revisión de manera recurrente. En lo que respecta a Williams,

9 A pesar de mencionar únicamente a Gramsci, el intelectual italiano no fue el único en proporcionar a Williams herramientas para estudiar la cultura en su vínculo con el marxismo. En la introducción de *Marxismo y literatura* muestra, entre muchos otros, su deuda con Lukàcs, Sartre, Althusser, Goldmann, Benjamin, Brecht o el propio Marx.

y a los Estudios Culturales en general, el planteamiento que podría resultar más fértil se encuentra en la polémica de Gramsci con las posición mecanicista de Bujarin en *Teoría del materialismo histórico*: “la metáfora arquitectónica de una base sobre la cual se construye un edificio, es destinada inevitablemente a vaciarse de significado en el momento en que se niega un nexo causal rígidamente unívoco entre los dos elementos” (Cospito, Giuseppe, 2016, p. 51). Williams parece estar de acuerdo con el sardo en la relevancia crucial de la metáfora, ya que en el capítulo titulado “Base y superestructura”, incluido en el libro *Marxismo y literatura*, comienza afirmando lo siguiente: “todo enfoque moderno de la teoría marxista de la cultura debe comenzar considerando la proposición de una base determinante y de una superestructura determinada” (Williams, Raymond, 1980, p. 93). Sin embargo, a lo largo de este apartado, Williams realiza una genealogía de la metáfora y pone a Marx frente a sus propias contradicciones, y lo hace acudiendo a las variaciones de los términos en diferentes momentos de su obra y evocando la que él considera que es la potencia original de la crítica marxiana: la embestida contra la separación radical entre las áreas de la conciencia y la producción material. En general, los Estudios Culturales siempre se destacaron por la imposibilidad de asumir este esquema reduccionista que inhabilitaba la posibilidad de estudiar la superestructura como una esfera relativamente autónoma y, por lo tanto, pensar la especificidad y el efecto de la producción simbólica, ideológica y cultural sobre la experiencia vivida. Esto los condujo a inclinarse por esa otra aseveración de Marx de que el ser social determina la conciencia, y a Williams en particular a poner el acento en la “determinación”:

En mi opinión, cada uno de los términos de la preposición debe ser re-evaluado en una dirección particular. Debemos reconsiderar la “determinación” para asociarla a la fijación de límites y el ejercicio de presiones, y para disolver el vínculo que la relaciona con un contenido pronosticado, prefigurado y controlado (Williams, Raymond, 2012, p. 54).

Según Williams, pese a las debilidades evidentes del modelo de base y superestructura, este no podría ser fácilmente repudiado y sustituido, debido a la fragilidad que muestran alternativas como la “totalidad

social” de Lukàcs. Por eso, es de vital importancia atender a las implicaciones recíprocas entre los elementos, es decir, a su autonomía o distancia relativa, y a la variabilidad histórica de los mismos dada su condición de proceso. Para corregir las imprecisiones en los usos de la metáfora por parte de determinadas corrientes del marxismo y proporcionar una explicación más minuciosa y compleja de la totalidad, el pensador de Gales emplea el concepto de hegemonía. En Gramsci, el concepto de hegemonía tiene una función pedagógica de reforma moral y espiritual: “cuando se consigue introducir una moral conforme a una nueva concepción del mundo, se acaba por introducir también tal concepción, o sea que determina toda una reforma filosófica completa” (Gramsci, Antonio, 2018, p. 202). Esto implica que la dominación no puede explicarse únicamente mediante el uso de la coerción, como una forma de autoridad directa y violenta hacia abajo, ni tampoco recurriendo al empleo del engaño o la falsa conciencia, propio de las versiones mecanicistas. Es así que los dominios superestructurales, como la cultura o la ideología, y los aparatos de producción de consenso, los medios de comunicación o las instituciones educativas, por ejemplo, interpretan un papel fundamental en la reproducción del orden capitalista, actuando directamente sobre la base económica en la medida en la que produce significados y prácticas.

Es por esto que la hegemonía no debe ser concebida en un nivel de mera opinión o mera manipulación. Se trata, por el contrario, de un cuerpo integral de prácticas y expectativas; de nuestros gastos de energía, nuestra comprensión de la naturaleza del hombre y de su mundo. Es un conjunto de significados y valores que, en tanto son experimentados como prácticas, aparecen como recíprocamente confirmatorios (Williams, Raymond, 2012, p. 59).

Atendiendo a la amplia visión de juego que nos ofrece el concepto de hegemonía sobre la totalidad social, el análisis de los procesos culturales desde un punto de vista del materialismo cultural siempre debería incluir: las tradiciones, las instituciones y las formaciones sociales. El olvido de la “tradicición” en la teoría marxista, según Williams, no se debería únicamente a que forma parte de la superestructura y, por lo tanto,

podría resultar epifenoménico, sino a la consideración de esta como un residuo inerte del pasado. En realidad, la “tradición” es siempre la “tradición selectiva” de los grupos dominantes, un conjunto de elementos del repertorio cultural seleccionados intencionalmente que, al proyectar nuestro pasado, prefigura lo contemporáneo. Por su parte, las instituciones formales son las responsables de la socialización en una cultura concreta. Tendrían la función de transmitir y reproducir la cosmovisión de las clases dominantes (Martín, Antonio, 2006). Por último, dado que una cultura es siempre mucho más que la suma de sus instituciones, las formaciones sociales se corresponden con las tendencias y los movimientos conscientes. Estas poseen un carácter ambiguo y relaciones altamente variables con la arquitectura social. Ahora bien, debido al movimiento y a las vacilaciones constitutivas de la hegemonía, es decir, a los vaivenes de las relaciones de fuerza, *“ningún modo de producción y por lo tanto ningún orden social dominante y por lo tanto ninguna cultura dominante verdaderamente incluye o agota toda práctica humana, toda energía humana y toda la intención humana”*¹⁰ (Williams, Raymond, 1980, p. 147).

4.2. Stuart Hall: la contraofensiva neoliberal como revolución pasiva

Probablemente, de entre todos los intelectuales que se han abordado en este artículo, ninguno como Stuart Hall ha revelado de manera tan clara y frecuente su deuda con el texto gramsciano. Además del número de escritos dedicados de manera explícita a su compromiso con Gramsci, tal sería el caso de “Gramsci y nosotros” o “La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad”, o de aquellos en los que bosqueja un mapa y un itinerario de los Estudios Culturales, “Estudios Culturales: dos paradigmas” o *Estudios culturales 1983*, se pueden rastrear trazas del *corpus* gramsciano en los textos más destacados de su producción tardía, cuando ya tenía pleno conocimiento de los temas planteados en los apuntes carcelarios. En su mirada retrospectiva de los acontecimientos, Hall reconoce a Gramsci en los gestos políticos de la Nueva Izquierda y

¹⁰ La cursiva es del propio Williams.

los Estudios Culturales, incluso antes de que este aterrizara plenamente en sus vidas. Los múltiples intentos de adaptarse a la coyuntura eran en realidad la tentativa por construir un “Príncipe Moderno”, un intelectual orgánico a la altura de los nuevos tiempos.

Aquello que hacía de Gramsci un intelectual y militante especialmente sensible a los temblores de la coyuntura fue la experiencia trágica de la derrota del movimiento obrero, el mismo que gozó durante algún tiempo de una vitalidad sorprendente y prometía cumplir con todas los requerimientos históricos para lograr la victoria. Sin embargo, las energías se fueron diluyendo en la tensión política hasta que el fascismo terminó por imponerse, por lo que no tuvo más remedio que abandonar la esperanza en una “rápida y definitiva palingénesis revolucionaria y profundizar en el análisis del carácter complejo, contradictorio y prolongado del proceso de transformación política y social” (Losurdo, Domenico, 2015, p. 168). Es por esto por lo que Hall no reconocía en Gramsci a un académico, sino a un militante político que había sido derrotado y había extraído de aquellas vivencias algunas lecciones de un valor incalculable. No obstante, el carácter fragmentario de su obra, así como su diálogo y dependencia permanente de las vibraciones cambiantes del panorama político nacional e internacional, obligan a ejecutar siempre una lectura escrupulosa, dejando a un lado las extrapolaciones simples: “sus ideas y formulaciones más esclarecedoras son, por lo general, de índole coyuntural. Para hacer un uso más general de ellas deben ser desenterradas delicadamente de su contexto histórico específico y concreto, y trasplantadas a un nuevo suelo con mucha paciencia y cuidado” (Hall, Stuart, 2005, 222). Aunque hay algo más que el sentido de la política en la admiración que le producía Gramsci: su capacidad de obtener aprendizajes de fuentes intelectuales diversas y hacer con todo ese material un cuerpo coherente y un instrumento útil para bosquejar cartografías que nos ayuden a orientarnos.

El interés de la obra de Gramsci no debería buscarse en su valor como modelo o esquema general que pueda ser aplicado al análisis de los hechos en diferentes intervalos históricos, sino como como un trabajo que ha revisado, renovado y sofisticado el paradigma marxista, haciéndolo

más sensible a los problemas sociales contemporáneos (Hall, Stuart, 2005, p. 219).

Stuart Hall llegó a Inglaterra en 1951 para estudiar en la Universidad de Oxford. A diferencia de Williams y Hoggart, él tenía sus orígenes en Jamaica y se crió en el seno de una familia de clase media. Sus orígenes coloniales y su condición racializada lo marcaría para siempre y definiría buena parte de su carrera y de sus intereses intelectuales¹¹ (Martin, Cabello, 2006, p. 83). Como ya se ha mencionado anteriormente, tuvo un rol preponderante en la construcción de la Nueva Izquierda y la fundación de las revistas *Universities and Left Review* y *New Left Review*. Asumió la dirección del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham en 1969, dando un giro radical al paradigma teórico, introduciendo los estudios sobre la desviación social y el interaccionismo simbólico, la fenomenología y, fundamentalmente, las corrientes y los autores marxistas más ligadas al estudio de la cultura. Unos años más tarde, Hall reconocería la tremenda influencia de las nuevas luchas, sobre todo del feminismo y de las cuestiones raciales en lo que definió como “dos interrupciones en el trabajo del CCCS” (Hall, Stuart, 1992). Para llegar a comprender estos fenómenos en su complejidad, emprendió una relectura de los *Cuadernos de la cárcel*, con el objetivo de buscar el encaje correcto de la proliferación de los puntos de antagonismo y la dimensión molecular de los mismos en el desarrollo capitalista (Blackburn, Robin, 2014). En los años setenta, a partir de la crisis económica global y la crisis de la socialdemocracia y el Estado del Bienestar, Hall comenzó a publicar una colección de artículos en *Marxism Today* y en *The Guardian* analizando los cambios en la política, la cultura y la economía, es decir, el auge del “thatcherismo” o del neoliberalismo en su versión británica.

La historia se repetía una vez más, a partir de 1970 se produjeron una serie de circunstancias que podrían haber provocado la sorpresa de una izquierda ortodoxa, tal y como ocurrió a principios del siglo XX en Italia

¹¹ Véase el documental *The Stuart Hall Project* (2013), dirigido por John Akomfrah y narrado por el propio Stuart Hall.

y Alemania. La recesión de la economía mundial y la desafección política generalizada no encontró su traducción inminente en la construcción de una identidad política proletaria que, como resultado de la propia inercia de la historia, alcanzaría la victoria definitiva. Al parecer, los acontecimientos se antojaban más complicados. En palabras de Gramsci: “la realidad abunda en combinaciones de lo más raro, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, «traducir» a lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto” (Gramsci, Antonio, 2014, p. 332) Es por esto por lo que Hall considera que es crucial conocer la interpretación de Gramsci de las “crisis orgánicas” y tener en cuenta siempre lo que denominó como la “cuestión Gramsci”: “se puede excluir que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan efectos fundamentales; solo pueden crear un terreno favorable para la difusión de determinadas maneras de pensar, de formular y resolver las cuestiones que implican todo el desarrollo ulterior de la vida estatal” (Gramsci, Antonio, 1999, p. 39).

Frente a esto, lo que se estaba produciendo era una ofensiva de las fuerzas reaccionarias debido a que habían comprendido que se movían en un terreno completamente novedoso y, por lo tanto, para sobrevivir necesitaban atender a lo que era específico de la coyuntura: presentando así la capacidad de hegemonizar esa derrota mediante la actualización y combinación de las fuerzas disponibles.

La derecha se ha renovado y reformado a sí misma completamente. Constituye una fuerza político-ideológica de un tipo completamente nuevo. Y, a pesar de los gestos que de vez en cuando sus líderes le hacen a la tradición, ahora tenemos que entenderla como una fuerza política activa y comprometida con la filosofía de que, para conservar, hay que reformar, y para preservar, hay que revolucionar (Hall, Stuart, 2018, p. 207).

Cuando Gramsci habla de “revolución pasiva” lo que pretende es “dar cuenta de la tensión –desigual y dialéctica– entre dos tendencias o momentos: restauración y renovación, preservación y transformación o, como señala el propio Gramsci, «conservación-innovación»” (Modonesi,

Massimo, 2022, p. 234). Ante la lectura atenta de Hall, la derecha radical contaba con un proyecto ambicioso que no pretendía únicamente dar un vuelco político en las elecciones, sino transformar la sociedad en su conjunto: material y espiritualmente. Por un lado, el proyecto de Thatcher era vastamente regresivo, debido a que en algunos aspectos buscaba volver al pasado y hacer del pueblo británico “victorianos ilustres” de nuevo. Pero por otra parte, procuraba llevar a cabo un plan de modernización que jamás tuvo lugar en Inglaterra, ya que “nunca institucionalizó, en un sentido estricto, la civilización y las estructuras del capitalismo avanzado” (Hall, Stuart, 2018, p. 261). Mientras que una parte de la izquierda asistía atónita a las transformaciones que estaban teniendo lugar sobre el territorio, cuyo máxima expresión se ubicaba en los acontecimientos de 1968 en todo el mundo, la derecha “se puso a bailar al ritmo de la nueva música” (2018, p. 264), activando un aparato de producción hegemónica: actualizando las alianzas, absorbiendo parte de las energías de cambio y dirigiéndose a las fantasías y las identidades perdidas de la gente.

5. Coda: Gramsci contemporáneo

Siempre que se estudian las herencias y reverberaciones gramscianas en el mundo, nos queda la duda que plantea el que es, a día de hoy, uno de los mayores estudiosos y conocedores del pensamiento del filósofo sardo, Guido Liguori:

¿No se corre hoy en día el riesgo de traicionar a Gramsci tratando de traducirlo? (...) Me refiero, sobre todo, al tema de la traducción en sentido gramsciano, al concepto gramsciano de traducción, a la traducción de una cultura a otra, de una época a otra, de una situación histórica y política a otra. En definitiva, de un lenguaje a otro, y no solo de una lengua a otra (Liguori, Guido, 2014, p. 43)

No es el objetivo de este artículo el de hacer esa evaluación, simplemente el de exponer algunas de las claves de la recepción del pensamiento de Gramsci en Gran Bretaña, fundamentalmente en la Nueva Izquierda

y los Estudios Culturales. Antes de concluir, es importante señalar los silencios meditados con respecto a algunos de los teóricos y conceptos centrales de los Estudios Culturales y la obra de Williams o Hall. Dada la necesidad de realizar un ejercicio de síntesis, se ha priorizado a unos sobre otros y se han quedado fuera intelectuales y términos cruciales para entender la totalidad del proyecto o el “bloque histórico” de los Estudios Culturales. Por su parte, los que han sido seleccionados tienen la intención de proporcionar herramientas para ayudarnos a pensar el presente a partir de la experiencia y la inteligencia colectiva de nuestro pasado inmediato: la identificación minuciosa de Hall de la arquitectura de trincheras y casamatas del neoliberalismo; o como Williams contribuyó a la redefinición de los contornos del marxismo y la lucha de clases introduciendo nuevas variables como la “cultura”.

Por suerte, el “efecto Gramsci” no termina en el periodo en el que finalizan estas líneas. Pese a las fluctuaciones en el contexto político y cultural –la pérdida durante algún tiempo del interés general en el marxismo y la desconexión de los Estudios Culturales con el materialismo histórico– el análisis del pensamiento gramsciano ha recuperado su vigorosidad y algunos de sus conceptos vuelven a ser interrogados al calor de la coyuntura:

en estas últimas dos décadas, en particular en el mundo académico anglosajón e hispanoamericano, han florecido como nunca antes estudios gramscianos orientados al uso y a la actualización de los conceptos y las categorías, principalmente aquella de hegemonía, pero también, en forma creciente, aquella de revolución pasiva (Modonesi, Massimo, 2022, p. 17).

Los movimientos “revolucionarios”, a falta de un término más preciso y menos anacrónico, de todo el mundo se enfrentan hoy al reto de imaginar el futuro y salir del atolladero del “realismo capitalista” en un mundo que cada vez se vuelve más engorroso y complicado de interpretar. Nociones como la de hegemonía pueden resultar útiles para ir más allá de las determinaciones simples y unidireccionales entre la base y la superestructura, introduciendo otros niveles al entramado social

e incrementando el número de variables presentes en los procesos de articulación¹². De ahí se deriva también la importancia de un retorno al proyecto originario de los Estudios Culturales: rescatar, por un lado, el espíritu crítico y el compromiso con la teoría y la praxis, y por el otro, los elementos que nos permitan pensar el proceso dinámico real de la historia.

REFERENCIAS

- Alonso, Antonio. (2014). "Antonio Gramsci en los estudios culturales de Raymond Williams", *Methaodos: revista de ciencias sociales*, 2 (1), pp. 8-22.
- Aricó, José. (1988). *La cola del diablo*. Buenos Aires: Ediciones Puntosur
- Bujarin, Nikolái. (1974). *Teoría del materialismo histórico. Ensayo popular de sociología marxista*. Madrid: Siglo XXI.
- Cospito, Giuseppe. (2016). *El ritmo del pensamiento de Gramsci*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Crosland, Anthony. (2006). *The Future of Socialism*. London: Constable & Robinson.
- Fiori, Giuseppe. (1970). *Antonio Gramsci: Life of a Revolutionary*. London: New Left Books.
- Forgacs, David. (1989). "Gramsci and Marxism in Britain", *New Left Review*, 1/176.
- Gramsci, Antonio, (1999). Cuadernos de la cárcel. Edición crítica del Instituto Gramsci. México DF: Ediciones Era
- Gramsci, Antonio. (2014). *Quaderni del Carcere. Tomo I*. Torino: Einaudi
- Gramsci, Antonio. (2017). *Escritos. Antología*. Madrid: Alianza.
- Grossberg, Lawrence. (eds). (1992). *Cultural Studies*. London: Routledge.
- Hall, Stuart. (1958). "A sense of classlessness", *Universities and Left Review*, 5, pp. 26-32.

¹² Sobre la utilidad de la hegemonía en Gramsci para analizar la creciente complejidad social se ha publicado recientemente Williams, Alex. (2019). *Political Hegemony and Social Complexity: Mechanisms of Power After Gramsci*. Londres: Palgrave Macmillan.

- Hall, Stuart. (2010). "Vida y momentos de la primera nueva izquierda", *New Left Review*, 61, pp. 163-182.
- Hall, Stuart. (2017). *Los estudios culturales 1983. Una historia teórica*. Buenos Aires: Paidós.
- Hall, Stuart. (2018). *El largo camino de la renovación*. Madrid: Lengua de trapo.
- Hammond, Simon. (2019). "K-Punk ampliado", *New Left Review*, 118, pp. 43-76.
- Harris, David. (1987). *From Class Struggle to the Politics of Pleasure: the effects of gramscianism on Cultural Studies*. Londres: Routledge.
- Hobsbawm, Eric. (2011). *Cómo cambiar el mundo*. Barcelona: Crítica.
- Hoggart, Richard. (1960). "Working Class Attitudes", *New Left Review*, 1, pp. 26-30.
- Jameson, Fredric. (2016). *Los Estudios Culturales*. Buenos Aires: Godot.
- Losurdo, Domenico. (2015). *Antonio Gramsci: del liberalismo al comunismo crítico*. Madrid: Ediciones del oriente y del mediterráneo.
- Merrington, John. (1968). "Theory and Practice in Gramsci Marxism", *Socialist Register*, vol. 5, pp. 145-176.
- Miliband, Ralph. (1958). "The Politics of Contemporary Capitalism", *The New Reasoner*, pp. 39-52.
- Modonesi, Massimo. (2022). *La revolución pasiva*. Barcelona: Bellaterra.
- Nairn, Tom. (1963). "La nemesi borghese", *Il Contemporaneo*, vol. 6, pp. 63-64.
- Navarro, Carlos. (2020). *First New Left británica y sus publicaciones: un análisis cualitativo y cuantitativo de las revistas Universities and Left Review, New Reasoner y New Left Review (1957-1962)*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Portantiero, Juan Carlos. (1977). *Los usos de Gramsci*. México: Siglo XXI.
- Spriano, Paolo. (1974). *Gramsci e Gobetti. Introduzione alla vita e alle opere*. Torino: Einaudi.
- Storey, John. (2009). *Cultural Theory and Popular Culture*. Londres: Routledge.
- Thompson, Edward. (2010). "La Nueva Izquierda", *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, 14, pp. 79-94.
- Thompson, Edward. (2016). "A través del humo de Budapest", *Nuestra Historia*, 2, pp. 131-141.
- Todd, Selina. (2018). *El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*. Madrid: Akal.

Williams, Alex. (2019). *Political Hegemony and Social Complexity: Mechanisms of Power After Gramsci*. Londres: Palgrave Macmillan

Williams, Gwyn. (1960). "The Concept of «Egomania» in the Thought of Antonio Gramsci: Some Notes on Interpretation", *Journal of the History of Ideas*, vol. 21, no. 4, 586-599.

Williams, Raymond. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

Williams, Raymond. (1983). *Culture and Society*. New York: Columbia University Press.

Williams, Raymond. (2008). *Historia y cultura común*. Madrid: Catarata.

Williams, Raymond. (2011). *The Long Revolution*. Cardigan: Parthin Books.

Williams, Raymond. (2012). *Cultura y materialismo*. Buenos Aires: La marca editora.



Boletín del Grupo de Trabajo
Herencias y perspectivas del marxismo

Número **36** · Octubre 2022